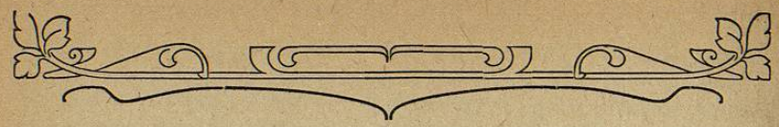

BARTOLOMÉ MITRE

Discurso pronunciado en representación del Gobierno Oriental, en el vestíbulo de la Casa de Gobierno de Buenos Aires, con ocasión del entierro de Mitre—21 de Enero de 1906.

SUMARIO: El pueblo oriental al argentino.—La trayectoria del astro.—Lo que se ve en Mitre.—La formación de los pueblos.—El período caótico.—El pensamiento creador.—Es más difícil ser grande que ser sublime.—Mitre fué grande.—Fué un prócer oriental.—Cagancha, Montevideo y el Paraguay.—El 25 de Mayo de 1910.

Señores:

Me siento sorprendido y presa de una impresión que se parece al pánico, al hallarme casi repentinamente en esta cumbre sacra. Esta tribuna y este momento son una cumbre. He sido transportado á ella por un espíritu imperioso, por el del Uruguay, mi patria, que me ha dicho: ve, y habla con mi aliento en ese sepulcro grande que están abriendo tus hermanos al otro lado del Plata; ve, y habla allí con mi aliento; pon tu mano sobre el corazón del pueblo oriental en este instante en que se dice que ha muerto Mitre; percibe bien su latídos; dá á tu espíritu la predisposición melodiosa de las triunfales elegías, y ve á llevar al pueblo argentino el abrazo de su hermano el oriental; ve á llorar con él sobre la tumba del prócer muerto; que tu voz tenga ternura y calor de abrazo, humedad de lágrimas gloriosas, resplandores enlutados; pero ante todo y más que todo, que ella tenga resonantes vibraciones de triunfo, que en esa tumba es ya de día; la aurora del sábado la circunda; todo en ella resucita de entre los muertos.

Señores:

Hablo en nombre del pueblo oriental, en nombre de su Gobierno: obedeciendo al mandato, he sentido palpitar el corazón de aquel pueblo, y os traigo el tributo más entrañable de duelo que un hermano puede enviar á su hermano en sus horas de consternación y de congoja; el homenaje de respeto y de admiración más profundo que un pueblo puede tributar á otro pueblo, en las horas silenciosas de las memorias que consuelan.

El Gobierno y el pueblo orientales se han dado cuenta de que no se presentará una ocasión más propicia de confirmar su fraternal amor á la República Argentina que este momento solemne en que va á aumentar su tesoro de sepulcros con un sepulcro nuevo, tan grande, tan venerando, como el más grande, el más venerando y más glorioso de los que forman el suntuoso patrimonio acumulado por la nación argentina, y aún por la América toda, en el siglo pasado, en ese siglo de tempestades caóticas, de sombras y de meteoros luminosos en que fueron forjadas nuestras patrias americanas en las fraguas de la gran revolución, y que forma la edad heroica de nuestro mundo americano.

¿Cómo seguir, señores, la trayectoria del astro que acaba de ponerse en esa tumba? ¿Cómo encontrar algunas de esas palabras habitadas y encendidas de vida que emergen de las profundidades del alma con su resplandor, y por medio de las cuales pudiera deciros lo que ha visto, lo que ve mi patria en ese muerto que llevamos al sepulcro, para llorarlo como con vosotros lo llora, para aclamarlo como con vosotros lo aclama y glorifica?

Se ve tanto en él, señores; ocupa tan amplio espacio en el horizonte americano; ha dejado en él tan gran vacío al hundirse en la oscuridad de ese su aparente sueño, que no es posible pretender encerrar las notas fundamentales de tan excelsa persona en el ritmo fugaz de una oración dolorosa; pero yo creo ver, yo veo en él con intensa claridad uno de esos núcleos inteligentes, fuerzas latentes, atracciones recónditas, que aparecen providencialmente en el seno de los pueblos que deben formarse, y sin los cuales no se concibe su formación. Los pueblos como los astros, vosotros lo sabéis, señores, se conglomeran en medio de las genésicas tempestades; los elementos cósmicos, al parecer irreconciliables, se atraen y se repelen en confusión caótica; estalla el rayo desgarrando las tinieblas sin orillas; se derraman los océanos atmosféricos sobre la masa incandescente del astro, que arroja de nuevo, una y mil veces, los diluvios hirvientes al espacio; se hunden los mares y se levantan las montañas en convulsiones al parecer agónicas. Y como el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas del abismo, según la frase temblorosa del Génesis, flotan entonces sobre los pueblos los grandes pensamientos humanos, que son reflejo de la divinidad creadora, que concilian lo inconciliable, separan la luz de las tinieblas, hacen el orden, que es la armonía de las cosas, y hacen la felicidad, que es la armonía de las almas.

Uno de esos pensamientos, señores, el que reguló en gran parte la conglomeración de vuestra tierra, se encendió en el cerebro ya apagado de ese muerto; él fué, durante medio siglo, el núcleo cósmico en torno del cual giraron, se agitaron, se entrechocaron, se refundieron los elementos igneos de que debía formarse el astro polar de la nación argentina definitivamente constituída; la América y el mundo entero lo han visto con el sello inconfundible de los héroes; lo han visto subir, bajar, atravesar como un rayo fecundo, en medio de las tormentas de vuestra historia, esplender unas veces como un meteoro, brillar otras como una aurora. Lo ha empujado la ola de fuego, lo ha arrebatado la vorágine popular; pero siempre se le ha visto con el sello inconfundible del enviado ó del profeta sobre la frente, siempre se ha percibido en sus ojos el reflejo trémulo de la cercana estrella interior, siempre se le ha distinguido como luz en la luz, como coágulo de fuego en el fuego que lo engendraba, como nota dominante en el coro pujante de los martillos que golpeaban en el yunque donde, á la luz de las fraguas, forjaban los hercúleos forjadores de patrias el escudo y el casco de oro cincelado de que debía brotar armada la República Argentina, al aparecer, vencedora de los extraños primero, vencedora de sí misma después, y ya definitivamente organizada, en el concierto universal de la democracia triunfante.

Es más difícil ser grande que ser sublime; es más fácil abnegarse que poseerse; Mitre ha sido grande; Mitre fué un dueño de sí mismo. No ha sido un desentono genial; ha sido una ponderación persistente y perdurable, un equilibrio maravilloso... ha sido una armonía pensativa. Mitre ha sido grande; grande por lo que hizo, grande por lo que pensó, grande por lo que habló, grande también, más grande todavía por lo que calló, cuando debió rendir culto abnegado al más desconocido de los dioses: al severo dios silencio. Los conquistadores vulgares, y aun los muy grandes muchas veces, necesitan de testigos; de ahí que las conquistas sobre nosotros mismos sean las más difíciles, las más escasas. Mitre fué un conquistador en el silencio de sí mismo, un dominador de su propio corazón.

Ese hombre que ahí reposa, señores, fué un grande hombre; pero fué más que eso: fué un hombre de bien, un hombre bueno. Como gobernante, fué integérrimo y puro; como ciudadano, abnegado y austero; como soldado... oh como soldado, yo no buscaré la fórmula que lo defina, por que tengo en la memoria la frase de piedra que emplea Southey para esculpir la figura de Wellington soldado: « Sus campañas, santificadas por su propia causa, no fueron manchadas ni por la crueldad ni por el crímen; su carro triunfal no fué seguido de maldiciones; á sus laureles se entrelazaban los amarantos de la equidad y, en su lecho de muerte, ha podido recordar sus victorias entre sus buenas acciones. »

Eso fué el soldado de Pavón; eso el del Paraguay; eso el de vuestros disturbios intestinos... ¿No es verdad, señores? ¡Oh, el bravo soldado, el buen soldado, el soldado bueno!

. . . . . .

La República Oriental y la Argentina, señores, se desprendieron juntas de la misma nebulosa generatriz; sus historias se compenetran y confunden á cada paso; no en balde hemos sentido allí que un sol se ponía, que una grande obscuridad se difundía en nuestros horizontes, cuando los ojos de Mitre se cerraron á la luz. Mitre es también un prócer oriental, señores.

Vosotros recordaréis en este momento solemne todas las grandes efemérides de vuestro marmóreo muerto: yo, que traigo el aliento de la patria oriental, sólo debo recordar concretamente las efemérides que vinculan á este sepulcro el amor y la gratitud de aquella patria; aquellas cifras que revelan también que Mitre nos amó... porque no podía menos de amarnos, porque en aquella patria estaban los recuerdos de sus primeros ensueños, los vestigios de sus primeras glorias, los frutos de sus primeros esfuerzos heroicos en pro de la libertad.

Y puesto que, en representación del pueblo uruguayo, he compartido y comparto vuestro dolor, dejadme, señores, que, en la misma representación, comparta vuestro triunfo, al recordar que Mitre fué hijo de padres orientales; que fué en Montevideo donde el joven predestinado á tan grandes destinos recibió las primeras nociones de la ciencia militar; que fué en los campos orientales de Cagancha, bajo las órdenes del resplandeciente soldado del Rincón, de las Misiones, de Sarandí, donde aquel adolescente pensativo oyó asombrado por primera vez la voz de la batalia, vió por vez primera clavados en él los ojos encendidos de la gloria, y sintió por primera vez sobre su frente núbil el igneo beso de la libertad agradecida; que fué tras los muros de Montevideo donde Mitre comenzó á almenar la democracia ríoplatense; donde se incorporó á la pléyade de los más grandes pensadores y estadistas argentinos perseguidos por la tiranía y refugiados tras los muros inexpugnables de la ciudad heroica; donde, al pie de los cañones de la defensa, en las largas noches de la guardia interminable y á la luz de las estrellas, sintió, sin duda alguna, que agitaban las alas en su alma generosa los grandes anhelos de libertad y de justicia para la patria argentina; y que fué también sangre de orientales la que se mezcló á la sangre argentina allá en los desiertos del Paraguay, cuando esas fuerzas misteriosas, superiores á la voluntad de los hombres, que rigen y determinan la marcha de la humanidad, llevaron á la guerra titánica á cuatro pueblos hermanos, igualmente heróicos, que hoy se estrechan y lloran, en un duelo común, sobre la tumba inmaculada del generoso vencedor.

¡Y Mitre ha muerto, ha muerto al fin!

¿Por qué el Dador Supremo de la vida no prolongó esa existencia, siquiera lo suficiente para que esos ojos que ya no ven hubieran visto la aurora del 25 de mayo de 1910?

No puede ser... no pudo ser... dejadme que diga, señores, aunque lo diga lacerando vuestras entrañas, no debió ser. Nó. Mitre no nos pertenecía; nuestra posesión era ya una constante usurpación

hecha al pasado homérico; Mitre era de aquellos; está bien en donde ahora está, entre la luz, entre los muertos, para aparecérsenos con todos ellos, con sus pares, en el día de la resurrección, cuando, al sonar el aniversario de la revolución de Mayo, vengamos todos á esta cuna de la libertad de América á golpear en los sepulcros...

¡Os, sí, señores, es preciso... es preciso que lo dejemos en su tumba, después de besarlo en la cicatriz de la frente!... Vámonos; dejémoslo en su paz, en su solitaria región...

¿No veís, señores, que las tumbas de San Martín y de Belgrano, las de Moreno y Rivadavía, al despertar á sus muertos en ese día, se sentirían acaso muy solas, al buscar y no encontrar á su lado el gran sepulcro de Mitre?

Mr. ELIHU ROOT

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido en el Ateneo de Montevideo á Mister Elihu Root, Ministro de Estado de los Estados Unidos. 12 de Agosto de 1906.

SUMARIO: El discurso de M.r Root en el Congreso Panamericano de Río Janeiro.—El ideal americano.—La sociedad internacional.—Su fin como el de la sociedad civil, es la conservación y desarrollo de las personas que la componen.—La democracia internacional.—Ley de armonía.

Señor ministro:

Señora:

Antes de levantarnos de la mesa, tengo el grato encargo de deciros algunas palabras en que se refleje y perdure el sentimiento que nos ha hecho desear partir con vosotros el pan uruguayo, y beber en vuestra compañía el vino que alegra el corazón del hombre, según la expresión del libro santo.

Sí, señor Root: nos sentimos alegres y felices de veros entre nosotros; quisiéramos que esta comida, en que, como lo véis, un grupo representativo de damas de la sociedad de Montevideo rodea y agasaja á vuestra dignísima esposa y á vuestra hija, fuera símbolo del testimonio de más intenso afecto que puede darse á un huésped bienvenido: el de abriros la puerta de nuestra casa; el de introduciros al afecto de nuestro hogar.

Y si nos sentimos alegres, no es sólo porque tenemos el honor de conocer en vos al caballero y al prócer ilustre que es gloria entre las glorias de nuestra América, sino porque... debo seros muy franco en este momento... porque estamos persuadidos de que esta

vuestra visita redundará en honor, y también en ventaja, de lo que nos es más caro, de lo que amamos sobre todos los amores de la tierra: de esta nuestra buena patria uruguaya, de esta nuestra madre soberana, que es dueña de nuestra vida, y á la que no podemos menos de creer, so pena de dejar de ser sus hijos, la más hermosa, la más grande, la más amable de las madres, como vos pensáis de la vuestra, como vos sentís de vuestra excelsa patria americana.

Nosotros, llevados acaso de una ingenua ilusión filial, estamos persuadidos de que conocer á nuestro Uruguay es amarlo. Y por eso hemos deseado que lo conociérais; por eso acariciamos la esperanza de que, cuando en el seno de vuestra patria, evoquéis el cúmulo de recuerdos de éste vuestro viaje al través de América, brotará amable y transparente el de este pueblo que ha sido el primero en estrecharos la mano al pisar por vez primera el suelo de una república de América sub tropical, y que os ofrece su pan y bebe con vosotros el vino de la amistad, en un transporte sincero de perdurable simpatía.

Nosotros hemos creído veros besar respetuosamente la frente de nuestra madre, señor Root, cuando, en un momento que debe considerarse histórico, definísteis, en el Congreso Pan-Americano de Río Janeiro, el objeto y el carácter de vuestra visita á las repúblicas ibero-americanas, á estas hijas predilectas de la democracia, que van trepando más ó menos lentamente, pero sin volver un paso atrás, la abrupta montaña en cuya cumbre las espera el ideal: el gobierno propio, la libertad en el orden, el reinado de la justicia y de la paz internas, que son el fundamento y la verdadera garantía del reinado á que aspiramos de la paz y la justicia internacionales.

No hay duda de que dijísteis la verdad en vuestro memorable discurso de Río Janeiro; vuestras palabras parecen piedras angulares. Los estados soberanos no son entidades meramente coexistentes sobre la faz de la tierra; son miembros de un gran organismo palpitante; son personas colectivas que, obedeciendo á la misma ley natural que agrupa á las personas físicas en sociedad civil y política, se agrupan también instintivamente para formar el cuerpo, la vida, el pensamiento del mundo internacional. Pero así como la vida social, lejos de menoscabar los atributos esenciales de la sagrada persona humana, constituye el medio ambiente necesario á la vida, al desarrollo y á la consecución del destino inalienable del hombre, así esa gran sociedad de las naciones, cuya definitiva constitución en América es el anehlo del congreso que ahora celebramos en Río Janeiro, debe tener, como base inquebrantable y como objeto esencial, la vida, el honor, la prosperidad, la gloria, de todos y cada uno de los estados soberanos que la forman.

Habéis proclamado la democracia como el lazo más poderoso que vincula las repúblicas de América. Sí, es verdad; la democracia es nuestra madre común. Pero, la democracia no es otra cosa que la igualdad de los hombres ante el derecho; es, por consiguiente, ante todo, la reivindicadora triunfante del derecho de

los débiles en sus relaciones con los fuertes. Y por eso, señor Root, al pronunciar ese nombre de nuestra madre común, sólo lo hicísteis para proclamar, como el ideal americano en las relaciones de los estados, el mismo nobilísimo principio que rige las relaciones de los hombres libres, y que es el sér de nuestro sér; habéis proclamado, pues, una especie de democracia internacional americana, en cuyo seno todas las personas deben ser personas, con plena conciencia de sí mismas, con destino propio y no supeditado al destino de los demás, con medios morales y materiales para cumplir ese destino, con libertad, con dignidad, con todos los atributos que caracterizan y ennoblecen la persona, y la distinguen de los séres inferiores.

Para levantar el nivel moral de esa gran democracia internacional que habéis proclamado, y de que nuestra América debe ser el arquetipo, no hay sino un solo medio; levantar el nivel de todas y cada una de las unidades que la forman; vigorizar, en todas y cada una de ellas, la conciencia y la altivez de su propio destino, el amor inquebrantable á la noción impersonal de patria la convicción profunda de que, en la esfera de los pueblos, como en la de los orbes, no hay astro, por ponderoso que sea, que pueda perturbar la gravitación de los astros; porque sobre el conjunto de los mundos, está la ley inmutable que los rige, y sobre esa misma ley, la voluntad soberana del Supremo Legislador de los orbes y de las almas y de los pueblos.

Esa ha sido la resonancia en mi espíritu de lo que dijísteis en Río Janeiro, y de lo que estáis ratificando entre nosotros. Vuestras palabras han sido grandes y han sido buenas, porque fueron vuestras, sin duda alguna; pero lo han sido, sobre todo, porque fueron armoniosas, porque se ajustaron al diapasón del ideal de justicia en pos del cual camina lentamente la humanidad; á ese solemne diapasón colgado entre el cielo y la tierra, que da el tono de vez en cuando á los hombres y á los pueblos y á los mundos, para que no se aparten de la universal armonía.

Vuestras palabras han repercutido como voz amiga en el fondo del alma de este pueblo, que os ha aclamado sin reservas porque os ha comprendido. Y por eso, porque he creído interpretar toda la generosa intensidad de vuestra actitud y de vuestros discursos, no me he apresurado á deciros en este momento, como hubiera parecido natural, cuánto amamos, cuánto admiramos en el Uruguay á vuestra admirable patria americana, cuyas estrellas fulguran acaso sin precedentes en el cielo de la historia humana, sino cuánto respetamos, con cuánta pasión amamos á esta nuestra buena patria uruguaya, cuyo sol es una estrella también; cuánto nos alegramos de verla honrada con vuestra visita, y cómo acariciamos la esperanza de que llevaréis de nosotros el recuerdo de un pueblo sinceramente amigo, muy consciente de sus propios destinos, muy convencido de sus derechos y también de sus deberes, muy ajustado, en una palabra, á esa grande armonía de los estados soberanos que mútuamente se respetan y se aman, y que

habéis proclamado, en nombre de vuestra patria, como el supremo ideal de nuestra libre América.

Señoras: señores: Llenemos nuestros vasos del vino más generoso, del que más alegra y más conforta el corazón del hombre, del vino de la esperanza, y bebamos á la salud de nuestro ilustre huésped mensajero, que es aquí la inteligencia, el pensamiento; á la de su esposa y de su hija, que son el símbolo amable del corazón; al mayor fulgor de las estrellas de su patria, nuestra gloriosa amiga; á la realización, en el continente americano y en el mundo, de sus generosos ideales de paz, de fraternidad y de justicia.

ÍNDICE

PROLOGO . . . . . *Pág.* 5

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA.

Conferencia dada en el Ateneo de Madrid el 25 de Enero de 1892.

Sumario: Exordio.—El continente americano.—El hombre americano.—La llegada del hombre europeo.—Juan Díaz de Solís.—El Río de la Plata.—La conquista.—El charrúa.—Magallanes y Elcano.—Gaboto.—Don Pedro de Mendoza.—Ayolas.—Irala.—Alvar Núñez.—Don Juan de Garay.—Fundación de ciudades.—Buenos Aires.—Asunción.—Carácter especial de la colonización del Río de la Plata.—Don Bruno Mauricio de Zabala.—Montevideo . . . . . *Pág.* 23

EL MENSAJE DE AMERICA.

Discurso pronunciado en la explanada del Monasterio de la Rábida, después de inaugurado el monumento conmemorativo del descubrimiento de América, el 12 de Octubre de 1902.

Sumario: La sugestión de las cosas: El Monasterio de la Rábida, el Puerto de Palos, el Odiel, la barra del Saltés, los habitantes de la región, las carabelas.—La persona Hispania.—Lo que es una nacionalidad.—La nacionalidad ibérica.—Su curso al través del tiempo y del espacio.—Dos mensajes: el de América á España; el del mundo español al genio hispánico.—Gloria á Dios . . . . . *Pág.* 45

DERECHO INTERNACIONAL.

Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Congreso Jurídico Ibero-Americano, reunido en Madrid en celebración del 4.° Centenario del Descubrimiento de América.—(25 de Ostubre de 1892).

Sumario: Contestación al saludo del señor Cánovas del Castillo.—Objeto y naturaleza del Congreso Jurídico Ibero-Americano.—Las personas internacionales.—La sociedad internacional.—El derecho entre personas internacionales.—La autoridad internacional.—Derecho individual y derecho social.—La guerra.—Las revoluciones.—Ideal remoto del derecho internacional.—El arbitraje.—Derecho internacional privado.—Divergencia posible de criterio entre los estados europeos y los americanos.—Ley personal y ley territorial.—El Congreso de Montevideo.—El hombre como persona de derecho internacional.—La nacionalidad ibero-americana . . . . . *Pág.* 52